



Relatos de mujeres en pandemia



**COMPARTIR
EN IGUALDAD**



Compartir en Igualdad, Relatos de Mujeres en Pandemia

Primera edición: junio, 2021

Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Consuelo Valdés Chadwick

Subsecretario del Patrimonio Cultural
Emilio De la Cerda Errázuriz

Director Nacional del Servicio Nacional
del Patrimonio Cultural
Carlos Maillet Aránguiz

Directora Biblioteca Regional de Santiago
Marcela Valdés Rodríguez

La Biblioteca de Santiago, en coordinación con la Unidad de Género del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural, conmemora el “Día Internacional de la Mujer Trabajadora” invitando a relevar la participación de las mujeres en distintos ámbitos de la sociedad, al mismo tiempo de incentivar la lectura y la creación de distintas expresiones culturales con enfoque de género.

Con la llegada de la pandemia nuestra vida cotidiana se alteró, la presencia constante de la enfermedad, la necesidad del teletrabajo, el cierre de las instituciones educativas, el confinamiento y las restricciones en el acceso a nuestras redes de apoyo; sin duda nos han hecho reflexionar en temas que pensadoras y activistas venían señalando hace ya bastante tiempo.

Esta compilación de relatos es el fruto de la invitación a dialogar sobre la necesidad de la corresponsabilidad y visibilización de los cuidados que sostienen la vida. Las autoras nos compartieron su voz mediante sus escritos que muestran cómo el contexto de pandemia y confinamiento ha intensificado y dejado aún más en evidencia inequidades y brechas de género. En algunos casos además reflejan la capacidad de avanzar en la corresponsabilidad y en una distribución del tiempo más equitativa para todas y todos.

Agradecemos esta oportunidad de construir colaborativamente un registro sobre las experiencias de distintos tipos de hogares y familias, en toda su diversidad.

Biblioteca de Santiago

Sin título

María Paz Aliaga

Cuando se fue el doctor, mis piernas estaban temblando, pese a que estábamos en pleno verano. Ahí, sola tumbada en la camilla del hospital, conectada al monitoreo y la intravenosa, escuche como, mientras miraba mi monitor, le decía al practicante que lo acompañaba “*estamos mal*”. No vi su cara por la mascarilla y ninguno de los dos me dirigió la mirada, salieron de la sala hablando. El temblor se incrementó, junto a las contracciones y al miedo. Al rato me trasladaron a otra sala y el matrón me explicó que íbamos a “maternidad”, ahí me frenarían el parto y esperaríamos a que una ambulancia me trasladara, ya que por ser “*isapre*”, no me podían atender.

El pasillo de luces sobre mi cabeza dio paso a una recepción, y a la derecha, una pieza que hasta ese momento estaba oscura y en silencio, deben haber sido las dos de la mañana, no lo sé. Entré y me asignaron la primera cama de 10, había una bata y sin pudor me desnudé y me la puse, con sigilo y máximo silencio me acosté, tomé los medicamentos y vi que seis de las camas estaban ocupadas. Las matronas y *tens* (Técnica/o en enfermería nivel superior) encendieron luces, y ante mi sorpresa, solo una de las mujeres despertó. Debe haber tenido unos 8 meses porque se levantó al baño y apenas caminaba, no se molestó porque le prendieran la luz y la despertaran. Luego dos funcionarias entraron a trabajar en un escritorio que estaba frente a mi cama, prendieron sus luces y conversaban, otra de las futuras mamás despertó y comenzaron a conversar con la anterior, de nuevo nadie se molestó por el ruido. Ambas volvieron a dormir y en la cama del fondo una mujer haitiana se levantaba al baño, pasó por mi lado con el “confort” en la mano, no vi molestia por tener que llevar su propio papel para limpiarse, en un baño en el que

ni siquiera había jabón para las manos. No había jabón y estaban ahí a punto de parir, nadie se molestó.

Seguía la noche y las luces intermitentemente se prendían y apagaban a medida que el personal entraba y salía, yo no pegue ojo. Cuando estaba a punto, en la última cama, una chica comenzó a quejarse de dolor, se notaba mucho más joven, seguro primeriza, le avisé a la enfermera y me dijo que siempre se quejaba, me dieron ganas de ir a darle la mano, la miré a lo lejos y ella me devolvió una mirada desinteresada, parecía tampoco molestarle la situación de abandono y desidia, estaba acostumbrada.

Al amanecer entro una camilla para trasladarme, ya no me temblaban las piernas, pero sí el alma, ¿era la única molesta de la habitación? tenía ganas de despertar al resto y gritarles que esto no es normal, que el sistema las invisibilice no es lo que merecen, que no por estar ahí son acreedoras de lo que “se pueda” y no de lo que “se deba”. No lo grité, pero se los cuento.



Querida Pandemia

Alejandra Orellana Pinilla

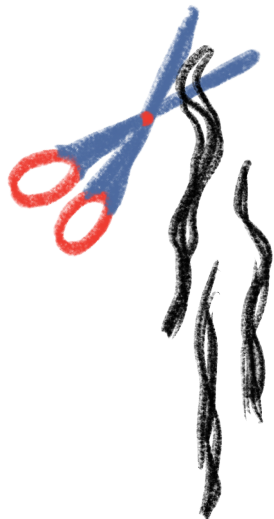
Afuera se paseaba la muerte, mientras en la casa.

Flo: córtate el pelo, el pelo crece.

Yo: me da cosa, nunca he tenido el pelo tan corto y siempre he soñado con hacerlo.

Flo: qué onda mami el pelo crece.

Papá: ya flaca, cállate y quédate quieta.



Así comenzó mi pandemia, que me importaba mi pelo, total, todos íbamos a morir. Y listo hay estaba yo, sin pelo, y el poco pelo que me quedó eran solo canas, era una nueva, una más simple, una más sencilla, pero era solo una imagen, yo quería más. A mi Pelao y mi Flo les gustó mi nuevo corte, a mi mamá claramente no, ella, aunque creía que disimulaba, yo también la conocía como ella a mí. A todo esto, la Gladys, pasó toda la lera parte de la pandemia con nosotros. Ella es la abuelita, jaja no le gusta que le digan abuelita, eso creo. No le voy a heredar, porque a mí me gustan los roles, ser la mamá, la tía, la hija, la hermana, la esposa, la prima y obvio” LA ABUELA”. Me gusta, me gusta la mujer en todas sus facetas y bueno, si la Flo quiere algún día, seré abuela. Digo, “si quiere”, porque ella dice que no quiere tener hijos y tiene sus argumentos, y vaya que los tiene, sino se caya nunca, es luchona a morir, bien por ella mal por mi jaja. Bueno un rol menos, tampoco fui modelo, aunque una nunca sabe, no si con esto de la pandemia aprendí, aprendí que amo y me amo, que todo está en mí. Aprendí del ahora, del estar presente — consciente, eso dice mi profe de yoga, a respirar profundo e inhalar



lento —. Descubrí que soy toda energía de pie a cabeza. Estoy aprendiendo autocontrol, cuesta porque soy pura ansiedad, pero acá vamos. Inhala y exhala, así me llevo jajaja.

A los 50 años una cree que ya conoce casi todo, y no me conocía ni a mí. Descubrí que no soy solo un pelo canoso, soy mucho más, soy también un pelo corto sin forma que a todos les importa menos a mí, porque me estoy despojando de los paradigmas que están allá afuera, donde no tengo que ir, gracias pandemia. Donde no tengo que demostrar nada a nadie, porque los que están me aman así. Me estoy despojando de lo que puede ser y no es, de lo que es y no lo parece. Estoy sacando de mi closet todo, lo quiero bien sencillo, porque no necesito tanto, porque soy más sencilla y simple de lo que creí. Aprendí que para amar no hay que hacerlo con locura, sino que con mucha cordura. Pero está ahí, no la siento. A veces la tv me la recuerda, me la refriega, que susto ¿vendrá por mí? Y cuando ya creí que estaba renovada, venia la fecha de mis vacaciones, excelente para salir al mundo toda cambiada para celebrar que al fin era hora de ser como quería. No solo en mi aspecto físico, sino que algo más, algo que siempre he buscado, algo que siempre soñé. Yo si había cambiado, yo si saldría diferente. Y acá estoy, en fase 1 esperando lucir mi vestido de fiesta interno, mi nueva mirada, mi más puro amor.

Querida pandemia hoy te miro con mucho amor, porque gracias a ti descubrí lo maravillosa y sencilla que es la vida, es la vida que soñé, por lo tanto, sigue tú camino, que mi vestido cada día toma más fuerza y color. Con amor.

En la balanza

Ester Riquelme Henríquez

Vine a saber que el peligro era real, mientras estaba de vacaciones. Podía venir en el transbordador de pie a mi lado. Así que, sin saber mucho aún, contenía la respiración cuando me acercaba mucho a alguien, por si de algo servía.

Cesante, pero optimista empedernida, de regreso en casa para mí la cuarentena sería solo eso, cuarenta días. La mascarilla, una protección que nos mantendría a salvo casi completamente. El distanciamiento físico, una medida sacrificada, pero de corta duración. El primero de mayo, fue raro ser la única en la mesa sin trabajo, miré su barba canosa y no me imaginé esta situación en unos años más. Aunque necesaria, convertida en la *sanitizadora* del hogar, desde el candado de la reja, hasta el último botón del control remoto, todo pasaba por mi enfermizo ritual. Pero aquello no era suficiente, ni mis creaciones con reciclaje, ni mis tejidos, nada tendría valor, si este hombre tuviera que comprarme hasta los calzones de nuevo. Y es que ni siquiera el virus podía arrebatarme el triunfo de la independencia que tanto me costó.

Cuando mis hijos eran chicos y nadie los quería cuidar, se justificaba. Hasta se dijo por ahí, que era mi culpa: *Tienen que haber salido hiperactivos como tú*, me dijeron una vez, como si eso fuera pecado. Currículum, fotos, cambio de blusa, entrevista online, entrevista presencial, a trabajar al hospital. Mi amiga me pregunta si es mucha la necesidad, que cómo lo voy a hacer con mi mamá, que si están de acuerdo los niños. Convencida, me dice, ese trabajo es tuyo. Ella lee mis pensamientos, me conoce, por eso la quiero. Voy en camino a la entrevista, imagino que soy una balanza. A un lado mi miedo a que me vuelvan a llamar mantenida y no poder silenciar el conventillo de las que siempre

son y serán mejores que nosotras, porque pertenecen a otra época. Al otro lado, el miedo al contagio y la muerte. Puedo decir, que después de casi un año, este último sentimiento se ha hecho más tolerable. Viaja conmigo en la micro junto a docenas de personas. Lo traigo sobre la ropa y bajo los zapatos, me lo saco de a poco en el patio y lo tiro a la lavadora. Intento matarlo con mucho jabón.

Acepté las manchas que me dejó la mascarilla. Ya no me importa la dieta, agradezco que tenemos para comer. Prohibido llorar, baja las defensas y es lo último que necesito. El muro es lo único a lo que no me acostumbro. Ese muro que me empuja hacia atrás, que tanto me duele y molesta. Ese que se construyó cuando asumí que ser valiente tenía un precio. Que tendría que tener cuidado y distancia de quienes más quiero. En mi memoria atesoro el último abrazo rico que recibí, nunca lo olvido, no podría, me ayuda a seguir esperando el día que se vuelva a repetir.



Sin título

Ingrid Riquelme Cárdenas

Me separé de mi hija de doce años al comienzo de la pandemia, para dejarla al cuidado de mis padres en la quinta región. Me quedé en Santiago, entre el trabajo presencial, el teletrabajo y las tareas escolares por videollamadas. Con una relación de pareja que terminó por sucumbir en pandemia, me enfrenté a esta experiencia, aferrándome a la idea de que algo debía aprender de ella. Ahora agradezco cada espacio de tiempo ganado para mí, cada lágrima que derramé extrañado los afectos. Redescubrí todo el amor y admiración que siento por mis padres y mi familia, y disfruté a distancia del cariño y la compañía de los amigos.

Sin duda fueron días bastante duros y largos, la soledad nunca antes se sintió tan dulce. Al volver mi hija a la casa, con su papá, con el que ya llevamos tantos años separados — como la edad de nuestra hija —, nos turnamos su cuidado, y ambos dedicamos dos semanas cada uno, a proveerla en sus necesidades y a apoyarla en sus estudios. Su padre, de verla solo los fines de semana por medio, pasó a compartir con ella mucho más tiempo, ella ahora vive en ambas casas, disfruta de su familia de una manera en la que no nos habíamos aventurado a experimentar. Una idea que mi hija anhelaba hace mucho tiempo se pudo materializar gracias al confinamiento.

Verla crecer feliz, darle esta calidad de vida, es sin duda una de las cosas rescatables de esta pandemia. Ambos la extrañamos, sufrimos por tenerla lejos, cada uno por su lado enfrentó esos meses con hartos pesares, pero nos unió como padres, porque al final lo único que importa es que ambos queremos lo mejor para ella, y sentir que logramos madurar y crecer por ella, y para ella, me llena de satisfacción. Al final, su sonrisa lo dice todo, ¿para qué más?

Sin título

Isidora Navarrete

Hoy las calles están vacías. Pero recuerdo cuando estaban llenas. Hoy no somos todas. Hoy faltan pedacitos de vida. Hoy faltan hermanas, mamás, compañeras abuelas e hijas. Por todas las que pelearon antes, pioneras en la lucha de igualdad, hoy te digo gracias. A las que llevan la revolución en el brillo de sus alas, hoy te digo gracias. Porque nos queremos libres. Queremos caminar libres por las calles, sin que explote rojo en nosotras. Queremos sentir nuestras alas volar, y por más que adore las flores, hoy pido otra cosa, hoy pedimos respeto. Hoy luchamos por nuestros derechos. Hoy luchamos por nuestra libertad. Hoy luchamos porque no falte ninguna. Por ti, por mí y por todas.



Sin título

Marcela

Para muchos, el año 2020 ha sido el año más difícil de sus vidas, para mí en lo particular, ha tenido de dulce y agraz. Me convertí en mamá por segunda vez después de 12 años, y fue como si hubiese sido la primera vez, solo que en esta lo haríamos sin tener la compañía de mi mamá, alentándome en la sala del pre parto y sin las visitas de mis familiares más queridos, sin los agasajos de los compañeros de trabajo, sin celebraciones como cumpleaños ni *baby showers* para darle la bienvenida a mi bebé. Aun así, era tranquilizador el poder estar en casa descansando, compartiendo con mi familia como nunca antes. Ya sabes, cocinar rico, comer comida casera, tomar una siesta, ver una película o una teleserie para pasar la tarde.

Con el pasar de los meses estuvimos cada vez más solos, ecografías y consultas sola, solo cuando pagamos de manera particular en un centro especializado, pudimos estar los tres juntos y conocer el sexo de nuestro bebé (niña). Llegó el momento del parto y todo el trato fue distinto, los protocolos y todo lo implementado por la pandemia hicieron que fuera un momento poco cálido por parte del personal, por suerte yo pude estar con mi esposo, no así otras mujeres con las que conversé. Una vez nacida nuestra hija nuestro mundo se puso al revés, horarios de comida y sueño ya nunca más fueron igual, siempre la prioridad es el bebé y aunque la mamá esté cansada agotada o apenada, debe estar íntegra, no solo ahí acompañando, sino que, amamantando, consolando, cambiando y a cargo de los cuidados y desvelos del bebé. Creo que la tarea es ingrata y si no cuentas con un compañero que te apoye y colabore con su parte, todo se hace más difícil y agotador.

Hoy con mi bebé de 9 meses aún seguimos desordenados en los horarios, tengo poco y casi nulo tiempo para mí, tengo que pedir a mi esposo o hija que me ayuden para poder hacer ejercicio, porque además tu cuerpo no vuelve a ser el mismo, y en mi caso mi autoestima bajó muchísimo, por lo que necesitaba sentir que al menos esos 45 minutos de la rutina eran solo para mí. A veces me aliso el pelo como antes o me pinto las uñas, como no se puede salir no me arreglo, hace poco volví a ir a la peluquería y empecé a escribir, necesito tiempo para mí, quiero recuperarme.

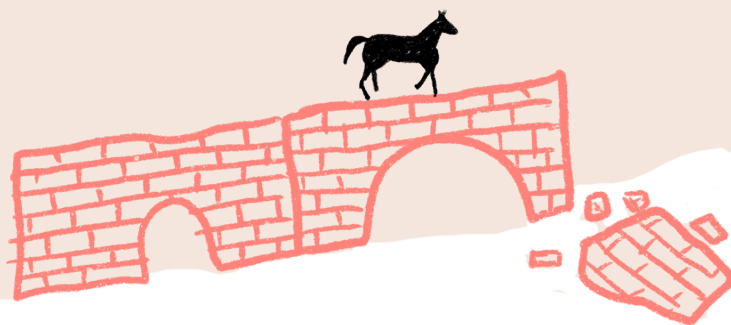


El derrumbe del gran imperio

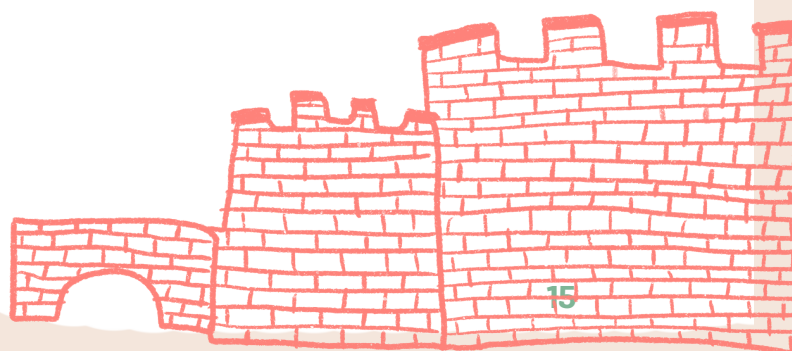
Nelly Azócar González

Me subí a mi caballo y salí a cabalgar por las praderas del imperio, para ver qué tan desbastadas habíamos quedado luego del confinamiento. Me encontré con un mundo desolado, con la reina madre destruida, sin poder gobernar. Su principal motor económico, el del intercambio de víveres, se vio menguado por el derrumbe de los puentes que nos limitaban el desplazamiento. La princesa heredera al trono, mantuvo contactos económicos con otras naciones y logró solventar de manera importante el gasto público de los habitantes del reino, importando mercancías y parte de la infraestructura necesaria para palear el fuerte invierno que se avecinaba, sin por esto, apartarse de los cuidados y la educación de su heredera.

En una torre lejana se ve al príncipe encerrado y desconcertado. El momento de su vida, para lo que había sido educado, se desvanecía a lo lejos. La guerra, los juegos, las batallas, fueron desplazadas por la gran peste, y él, que sólo vivía para eso, veía como su mundo se desvanecía bajo sus pies.



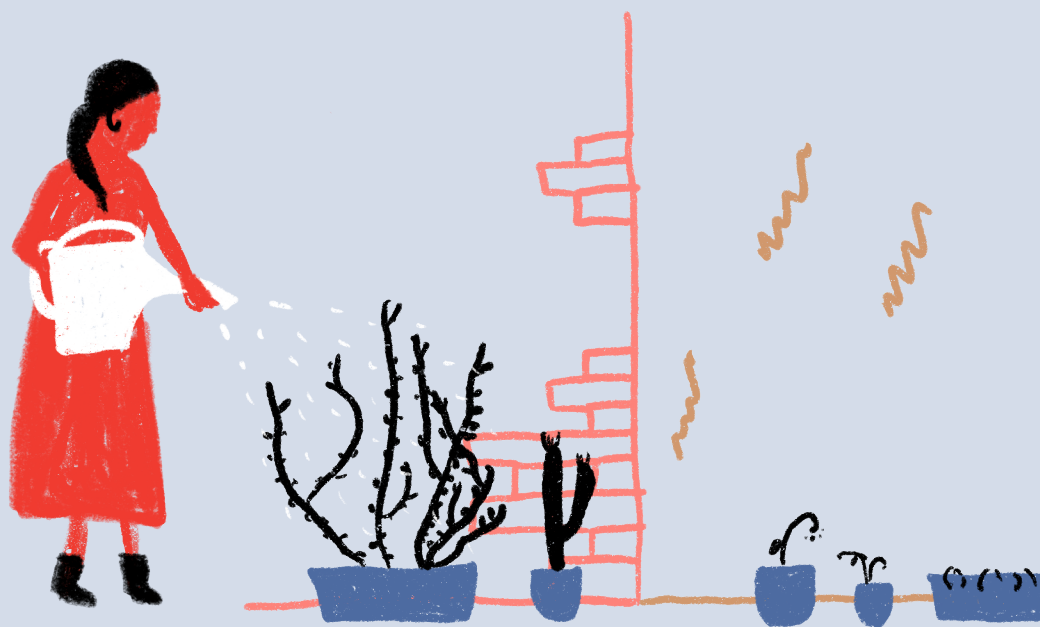
El caballo se detiene cerca de un riachuelo y logro verme en el reflejo del agua. El día está gris, a punto de llover. Mis ojeras son oscuras y mi piel ha perdido su tonalidad volviéndose opaca y grisácea. Me veo y me siento cansada. Miro de reojo el imperio a mi espalda y deseo marcharme, galopar hasta más no poder, pero no puedo. Debo seguir con mi labor, debo seguir en aquel lugar, debo seguir escuchando y ayudando a las plebeyas que día a día llegan en busca de ayuda. Debo seguir alimentando a los animales que ya no tienen que comer. Debo seguir dándole fuerzas a la reina madre para que cuanto termine la peste logre nuevamente gobernar, ya que aún no es el momento del cambio de reinado. Sé que luego de que pase la peste tendremos que realizar nuevas campañas. Volver a recorrer y reconstruir nuestro territorio, salir nuevamente a cabalgar sin rumbo, para que, desde aquel lugar perdido, podamos construir frente a lo desconocido.



Sin título

Renata

Me levanté hoy como siempre, tempranito y mientras me preparaba el tecito y la leche para mis chiquillos, volví a escucharlos. Ayer también, los gritos, los portazos, el golpe sordo sobre el piso y luego despacito el llanto de mi comadre. Hasta cuando durará esto dios mío, si el sigue en la casa me la va a matar. Quiero que vuelvan esos días donde con mi comadre y vecina regábamos juntas mientras nos fumábamos el puchito, antes de que llegaran los chiquillos. Odio esta Pandemia. Por las mujeres violentadas por sus parejas.



Sin título

Dana Hart

Si Betty Friedan estuviera en mi lugar, sentada en esta silla mirando por una ventana ciega, sin poder salir, sin poder dormir, y cuidando sola de una, dos o tres crías, estallaría. Estallaría. Estallarían los cristales que nos separan del mundo y se abrirían las puertas para que pudiéramos una vez más, abrazarnos. Si Harriet Tubman estuviera aquí, construiría un tren para sacarnos a todes de estas jaulas que nos han atrapado, que pretenden dejarnos sin volar. Si estuvieran aquí, convertidas en el fuego, el arte, la madera, las mujeres y disidencias nos emanciparíamos así, como ahora, convertidas en el arte, el fuego y la madera.

Relatos de pandemia



Achsly Gil Forsyth



Desde el principio queda claro que la mujer es la principal responsable del cuidado de los niños y el hogar. Esto ha sido así desde siempre y es que, biológicamente, la cría humana depende de la mamá por al menos dos años enteros antes de poder comunicarse y mantenerse viva por sí misma. Esto, por su puesto, ha llevado a la mujer a ser la principal figura de cuidado y contención en el hogar, casi obligándola a quedarse en la casa y velar por su correcto funcionamiento. Creo que, hasta aquí, todos, hasta los hombres, también los machistas estarán de acuerdo conmigo. Sin embargo, el problema es que normalicemos una sociedad donde la mujer no tenga la red de apoyo necesaria para sostenerse y sostener a la familia y el hogar, todo ella sola.



Ese es el mundo en el que vivimos la mayoría, las mujeres deben posponer su desarrollo personal para hacerse cargo del hogar y nadie les agradece por ello, todos dan por sentado que es su deber y obligación cumplir con estas tareas, que desde antes de nacer nos asignan siguiendo los roles de género. Se muestra una imagen romantizada de la familia y la maternidad en la sociedad, y lo que (no) nos enseñan en los hogares. Sin embargo, la mayoría de las mujeres cuando tenemos un hijo, chocamos con la cruda realidad, que lo que se espera de nosotras, es que hagamos todo lo que hacíamos antes del bebé y además nos encarguemos de los niños y el hogar.



En general, no se reconoce el valor que las mujeres aportamos a la sociedad y más bien se nos recrimina por no dar lo suficiente. En la mayoría de los hogares, las mujeres nos encargamos, no solo de una, si no de dos tareas separadas, que son el cuidado de la casa (1) y la educación de los hijos (2), aparte de tener



que cubrir nuestras necesidades y garantizar nuestros ingresos económicos, lo cual se nos hace más complicado, ya que tenemos que balancear familia y trabajo. No se trata de victimizarnos, si no de reconocer nuestra situación, para poder avanzar en nuestro camino hacia la equidad.



Las personas deben comprender que todos necesitamos iguales niveles de realización y avanzar a pasos semejantes, las mujeres, por nuestra condición de madres, solemos paralizar nuestro mundo para priorizar el hogar; mientras que los hombres logran desarrollarse en materias que las mujeres debemos postergar para cuando los niños hayan crecido, esto es muy injusto. La nueva sociedad que debemos forjar debe garantizar que la mujer no se vea obligada a cumplir el rol de ama de casa por falta de herramientas para su autonomía económica y que además cuente con el apoyo necesario para cumplir con la importante labor que desempeña día a día.



Compartir en igualdad

Alejandra Céspedes

Soy Alejandra, vengo de una familia de solo mujeres, con una madre viuda desde los 27 años, con cuatro hijas que nos enseñó que no debíamos depender de un hombre, por lo tanto, había que tener un cartón — un *título* — cosa que logró.

En mi familia no había machismos y las tareas se distribuían equitativamente; estoy casada, y desde el primer día las tareas del hogar y los cuidados de nuestro hijo era obligación de los dos.

Durante esta pandemia he reflexionado mucho sobre el tema del machismo, escucho mucho sobre este tema, la falta de compromiso, los cuidados del hogar, corresponsabilidad en la crianza de los hijos, como construir una sociedad sin violencia, no solo física, psicológica, etc.

¿Por qué las mujeres no tienen tiempo para el ocio? me violenta escuchar frases como — *tanta vuelta que se dan las mujeres para acostarse, mientras ella está limpiando la cocina, sacando trabajo atrasado, mirando los hijos que estén durmiendo, las tareas de los hijos, etc., etc.* —. Por qué nos cuesta tanto a las mujeres desprendernos de obligaciones, tenemos que ser súper poderosas y si no, somos pésimas esposas, compañeras. Será también que nosotras pensamos que hacemos mejor las cosas que los hombres. Mi madre siempre me dijo — *El hombre es como un niño, tú le debes enseñar* —, consejo que puse en práctica desde el primer día.

¿Por qué nos cuesta tanto empoderarnos? será que tantas veces se nos dice que esto es para mujeres y esto para hombres, que nos creímos el cuento; el cambio dependerá de nosotras, pero los

milagros no existen, solo educando podremos extirpar este virus que ha perdurado por tantos siglos.

No daré consejos, solo quiero decir, que educo a mi hijo con valores de respeto a las mujeres, que él es parte de una familia donde tiene derechos y deberes, y uno de ellos es trabajar en equipo en el hogar, para que funcione y seamos felices. Educando en la corresponsabilidad de los hijos y las labores del hogar.

Mi granito de arena es dejar un hijo que sea un aporte a una sociedad menos machista, la corresponsabilidad comienza en el hogar, la familia, independiente de qué tipo de familia quiere formar; si es verdad que tenemos algún poder, que sea para educar a hijas e hijos en la igualdad, corresponsabilidad de la crianza de los hijos y cuidados del hogar.



Ximena Correa

Me provoca ira otro marzo con la misma historia del virus, que el fin de semana sea un alivio para ti y no para mí, que yo solo cambie de terreno, en cambio tú tengas reposo. Que mi madre me espere en la cocina, que mi hijo y mis hijas me dibujen allí mismo sin días rojos, que cada uno y cada una en esta casa descansen en yo Madre. Siento ira de argumentar que soy la Mamá, que haya asesinado mi nombre.

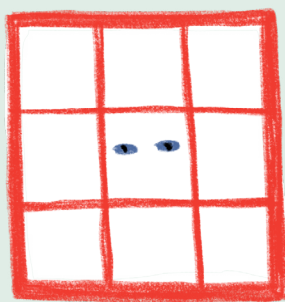
Que yo replique y confirme la cadena, y que el fin del día pueda ser como el final de mis días, con las tareas cumplidas, todos a lo suyo y yo mirándome al espejo sin recordar donde quedaron mis discos, mis revistas, mis cajas. Dónde mi espacio dentro de esta casa a salvo, donde el *brake*, el día administrativo, el feriado legal.

Otro día y a vacunarse todas / todos para acabar la mala película de la pandemia. Miro hacia el lado y decido borrar esta cinta triste. Tengo diecinueve otra vez, sonrío con todos los dientes al sol y escribo una historia donde primero se quién soy, doy la vida por ese sueño que llevo en el pecho y tengo una casa donde la que canta a toda vos soy yo. También tengo el pelo desordenado y verde oscuro, no me avergüenzan mis pezones, mi himen nunca sangró, mis menstruaciones no me definen, no leo la biblia, tampoco escuché ningún cuento de los Grimm y Hollywood es un canal menor, de muy baja sintonía, mis formas no están descritas en ninguna revista y mi mejor maquillaje son mis ideas. Pienso y amo, por igual. Me asusta morir en mal momento y envejecer de mala forma, como cualquier ser humane.

De vuelta al presente, miro por la ventana, preguntándome a qué hora se callan, el televisor, mi madre, Juan, Alberto, Miriam, Sofía

y el perro. No me nombran, soy “hija” o “mamá”, hasta Juan cuando se distrae me dice “mamá”. Reparo en mi omisión, mi madre también tiene nombre, se llama María Luisa. Yo me llamo Macarena. Y qué se yo porqué me acuerdo de una canción de moda hace varios años atrás — *dale a tu cuerpo alegría Macarena, que tu cuerpo es pa’ darle alegría y cosa buena* —, Una letra idiota que me debería prometer bailar, desde ahora y hasta — ¡Hey! —.

Lo repienso, porque esa canción, de una estrofa repetida hasta el infinito, la escribieron un par de españoles. Menos salvaje el corito, eso sí, que los reggaetones de moda que hace rato se corean, fornican y golpean. Parece que las cosas cambian, pero se repiten, con otra letra, con otro ritmo, pero siguen siendo los mismos proverbios que en las marchas juramos a garganta partida que ya no más, que nunca más. Santa María, madre de Dios.



Mi día

Camila Sánchez

Hoy es un nuevo día, se lo que va a ocurrir. No me quiero levantar, mi ánimo está decayendo, mis demonios me controlan. Me logro levantar, tengo que fingir que todo está bien, mientras observo los rostros de la casa, cansados, estresados, frustrados y algo tristes. Nadie habla de lo que siente, solo fingen, fingimos. Nadie quiere ser el problema, pero estamos llenos de ellos.

Pasan las horas, me siento en la mesa, como, mientras escucho lo mismo de siempre. Son sus quejas, sus lamentos que me invaden y quiero arrancar de aquí, me ahogo en esa jaula de negativismo. Me quiero ir lejos, me siento ajena y atrapada en todas partes. Necesito salir de aquí, respirar.

Me encierro en mi pieza, estudio con la esperanza de lograr encontrar un trabajo en mi profesión. Me desconcentro, me invade el miedo y la incertidumbre, mucha información diferente por todos lados, prefiero no ver. Me angustio y me da rabia.

Estoy perdiendo la esperanza, la fe. Quiero descansar, pero no puedo. Necesito ser libre.



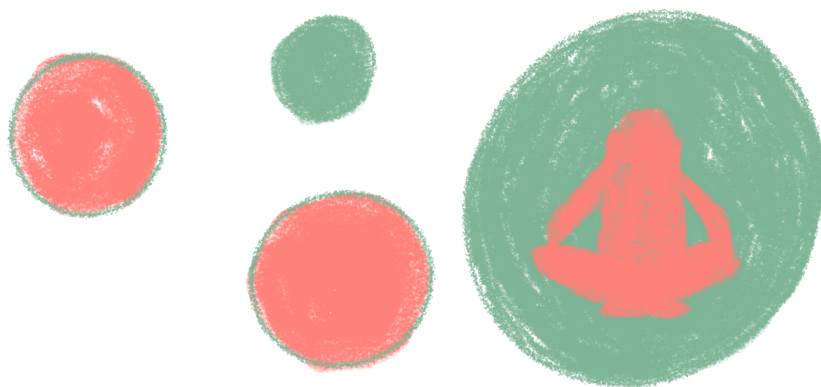
YA ES DE NOCHE, ME
CUESTA DORMIR, VEO EL
CELULAR PENSANDO EN
QUE ALGO NUEVO VOY A
ENCONTRAR, DESCONFIADA.
ME DUERMO, Y VUELVO A
DESPERTAR DONDE MISMO.

Sentimientos

Carolina Ríos Jiménez

¿Sentimientos encontrados? sentimientos perdidos y aislados, igual que la cuarentena. ¿Cómo hablo, cómo grito, cómo arranco? Mi dormitorio me abraza, mi cama me acurruca, mi guatero me reconforta. De reojo miro la puerta y veo mi macramé colgando que me llama a jugar. Cada nudo parece atrapar mis penas y angustias, se transforma en una hermosa figura que me hacen soñar despierta. Primer nudo, segundo nudo y empiezo otro par, sin darme cuenta pasa el tiempo, me siento como niña sin preocuparme de nada más. Las paredes de mi pieza sostienen mi energía, mi máquina de ejercicios me dice que no la olvide, y yo sigo anudando, arrancando de mi *yo triste* y angustiado, buscando serenidad.

¡Sentimientos encontrados, perdidos y aislados! dejen que descansen un par de días, prometo volver.



Un martes de marzo 2020

Carolina Spencer

Corro por ella. Juro que vi que terminaba en 27, cuando me subo me doy cuenta de que es la 07. No importa, tengo que llegar a mi destino de algún modo. Subo por el medio, ¿quién va a pagar por contagiarse?

Soy la número 100, pegada a la ventana de la segunda puerta, observo nuestras mascarillas hechas de polar, nylon, antenas de cable, ondas, bolones de acero. Nadie habla, nadie quiere tocarse. Ocupamos los fierros más altos para afirmarnos. Estamos todos enfermos de pega, deudas, de familias quebradas, de droga, de espasmos. Somos los obreros y sus hijos.

Mientras tanto, la tele pide sin ningún miramiento que nos quedemos en casa ¿a qué?, ¿a mirar cómo se nos cae a pedazos nuevamente nuestra dignidad?

Llega el momento decisivo, tocar el botón asesino, el más contaminado, el más manoseado. Con urgencia y egoísmo espero que otro lo haga antes que yo. Suena y siento su crepitar en el hipotálamo. Me bajo como equilibrista, sin tocar ningún maldito fierro.

Angustiada, consumo la última dosis de alcohol gel que llevo en el bolsillo y subo en éxtasis por Av. Grecia. ¡Llegué! ¡Al fin llegué!

Tirar la carreta

Cecilia Lorca Pinto

Soy la mayor de 8 hermanos, a los 5 años comencé ayudando a mí mamá en los cuidados de la casa y bebés que fueron llegando.

A los 22 años me casé, formando mi propia familia, pasando de criar a mis hermanos a cuidar a mi esposo. Mi primer hijo tardó un poco en llegar y a los 25 años fui mamá, Ítalo llegó con autismo.

Después de un largo caminar y golpear puertas, que se cerraban apenas yo las abría, llegué al colegio donde conocí a quienes me ayudaron a salir adelante con mi hijo. Eso significó relegar sueños y proyectos, a la vez que llegó otro hijo.

Pasaron más de 15 años para ir al cine. Fui la eterna ausente de fiestas y celebraciones, de a poco nos transformamos en una familia autista.

En pandemia se notó más la gran deuda que se tiene con nosotras, las cuidadoras, no estamos consideradas en ninguna parte, no tenemos dónde ir, ni a quién recurrir, no tenemos nada. Y ni pensar en enfermarte. El sistema no contempla situaciones como la mía, cómo las de muchas mujeres, que como yo tenemos que tirar la carreta.

Ítalo no entiende porque de un día para otro no puede salir. No logra saber porque no puede ir a sus talleres, ni ver a sus amigos, ni celebrar cumpleaños, ni ir al supermercado. ¿Cómo logro, que no pregunte cada 5 minutos, porque no podemos salir? ¿Cómo le explico que 2 integrantes del taller ya no los volverá a ver?

Nos dejaron solos y a la deriva, en el centro de salud mental ninguna orientación, ningún apoyo, ningún llamado preguntando si necesitas ayuda.

Pero también soy consciente que esto nadie lo vio venir, nadie estaba preparado para una situación como esta.

Aparte de Ítalo, tengo 2 hijas, que junto a mí esposo, son un pilar fundamental en los momentos que los brazos y las fuerzas no me dan para seguir tirando la carreta.

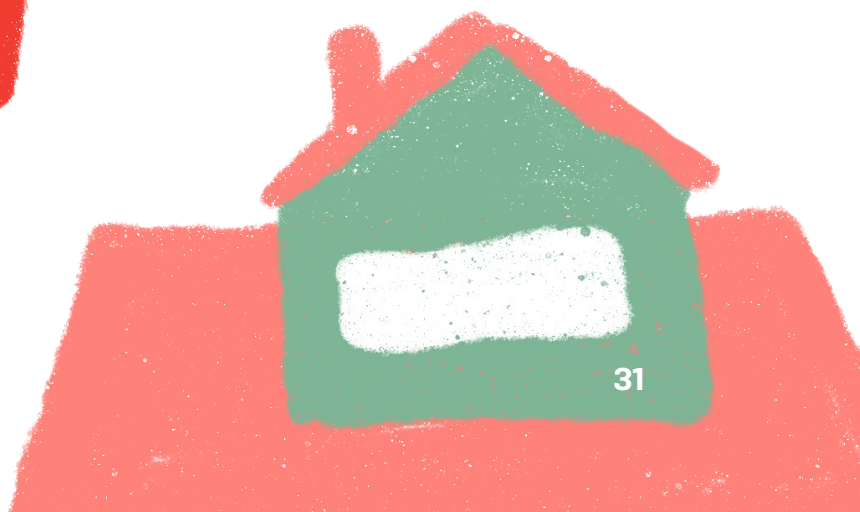
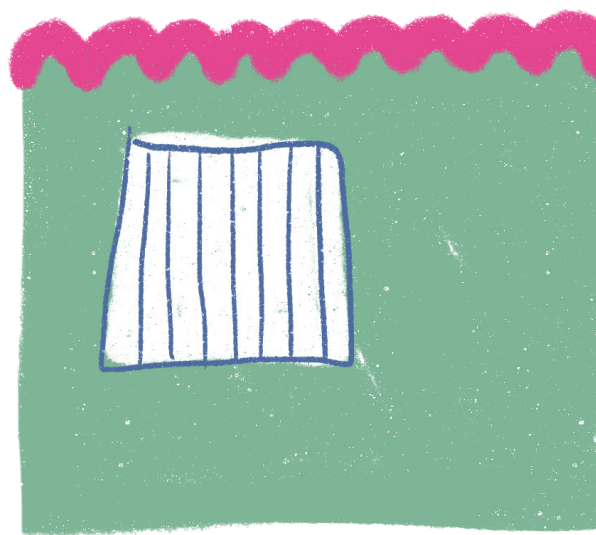
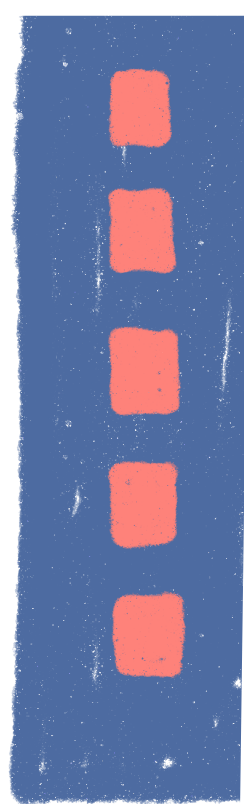
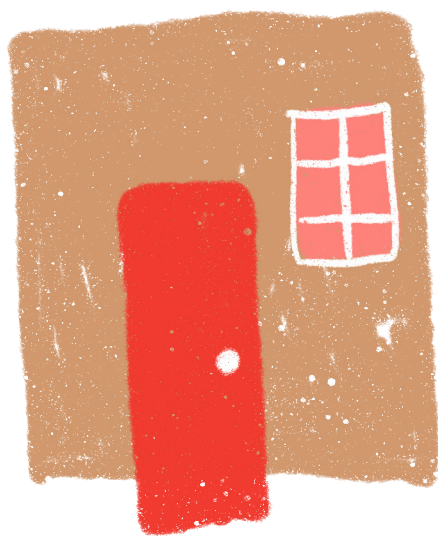
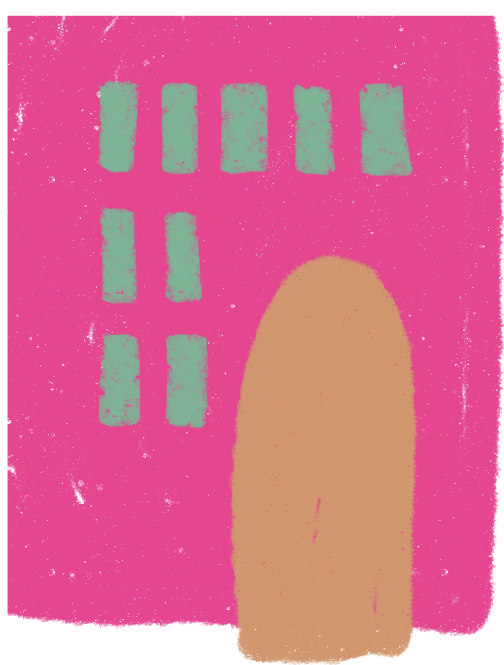


Sobre mi vida durante la pandemia como mujer

Constanza Moya Zúñiga

Según mi punto de vista, la pandemia sólo ha intensificado las problemáticas preexistentes en una sociedad desigual y patriarcal. Personalmente, como madre, estudiante y dueña de casa, puedo decir que mi rol como mujer se ha reducido al de un mueble más del hogar, siento que soy invisible y sólo sirvo para hacer que las cosas funcionen en la casa.

Mi rutina diaria es, cocinar, lavar, limpiar, ordenar, criar, cuidar, educar, enseñar, estudiar, aprender y tratar de no volverme loca. No interactúo con nadie más, todo se ha transformado en algo virtual. Ya no puedo conversar con amigos/as, caminar en el parque y despejarme del estrés de la vida, ahora debo guardármelo o simplemente me queda la opción de llorar amargamente, esperando que un día las cosas vuelvan a la normalidad. Si pudiera conceptualizar en una palabra lo que significa ser madre en estos tiempos de pandemia, sería “soledad”.



Residencia sanitaria

Diana

En el mes de mayo de este año, nuestro hotel fue contratado por el Ministerio de Salud como Residencia Sanitaria. Tuvimos que cambiar huéspedes por contagiados con COVID-19, aquí comparto la experiencia más dura de nuestra historia Hotelera.

Después de un tiempo difícil, post estallido, llegó un nuevo virus, el cual cambió para siempre la forma de viajar. En pocos días tuvimos que transformar completamente el hotel, adaptar nuestros espacios, tener ascensores, pasillos y entrada exclusiva para enfermeras, médicos y contagiados. Las habitaciones no podían tener cuadros, papelería, decoraciones y deberían ser sanitizada todos los días.

La Seremi de Salud nos dio nuevas directrices, retos y reglas y fuimos fiscalizados en varias oportunidades. Aprendimos mucho, nos asustamos, todos los días pensando — cuando me tocará a mi contagiarme, ¿cómo será, me recuperaré bien? —. Pero trabajamos en equipo, con ganas, mejorando cada día, riéndonos, dejando a nuestras familias en casa.

¿Anécdotas? Sí, hubo muchas. Personas enfermas, aisladas con problemas delictuales, psicológicos, en situación de calle. Agradecidos de recibir una ducha caliente y un plato de comida. También hubo emergencias, ambulancias, acosos e intentos de suicidio. Amenazas de bomba e impactos de bala en un edificio de vecinos, pero nada nos impedía seguir con nuestra misión.

Fue la experiencia más difícil y dura de nuestra trayectoria profesional. Nada de lo que habíamos aprendido servía. Ahora somos una Residencia Sanitaria y con 450 pacientes enfermos

de COVID a nuestro cuidado. 450 desayunos, almuerzos, onces y cenas- todos los días.

El stock de artículos de protección personal estaba escaso, el país estaba paralizado, en muchas ocasiones tuvimos que improvisar, hasta prestar *EPP* al Minsal. El trabajo del equipo de prevención de riesgos fue crucial para no cometer errores y seguir capacitándonos día a día.

Nos cansamos, no paramos nunca. Con traje blanco de plástico todo el día, los pies mojados por el túnel sanitario, los pediluvios que tuvimos que llenar cada hora con armonio cuaternario. La mascarilla ya ni molestaba, la cuarentena no la vivimos, estábamos preocupados de atender bien a nuestros contagiados, que cumplen su cuarentena de 14 días y pueden volver sanos con sus familias.

Nuestros colaboradores fueron vitales en esta experiencia, hubo cambios, molestias y enojo, pero también emociones e historias lindas. Cada día alguien se sentía enfermo, se tuvo que aplicar cuarentenas preventivas para todo el grupo, ahora quien atiende a nuestros pacientes de manera voluntaria ya no existían. Pero no podíamos fallar.

La felicidad de las personas, agradecidas por poder salir después de su aislamiento, nos dio una gran satisfacción y lo volveríamos a hacer mil veces. Hay cartas y dibujos de agradecimientos que para siempre permanecerán en nuestros corazones.

Fue un honor y un agrado poder ayudar en esta tremenda tragedia mundial del Coronavirus como Residencia Sanitaria.



Mi jaula de concreto

Florentina san Martín

Y un día dejé de volar, solo miré los días pasar con dos pajaritos, uno muy especial que no paraba de gritar. De un día para otro no había más migas para dar, así que abrí mis alas y me puse a volar buscando migas de todos los colores y nubes de pan. Maravillosos sabores hemos podido disfrutar, sabores que nos llevan lejos, muy lejos de estos muros, aprendiendo a volar de una forma diferente con mi pajarito que no para de gritar.

He sentido angustia, desesperación, más pobre que nunca, pero con el alma llena de amor, inventando platillos de la nada y disfrutando a concho mi corazón.

Mi pajarito torbellino me tiene de cabeza lo que queda de razón, extraño mi trabajo, mis paseos y mi libertad, pero mis pajaritos aprendieron a conocerse y a aceptarse con su plumaje tan distinto y desigual. A pesar de todo, esto ha sido grandioso, aprender a aceptar y reconocer que antes perdíamos mucho tiempo en una libertad sin libertad. Inventarse y reinventarse y volver a empezar, esa ha sido la gran lección de esta pandemia y cuidarse los unos a los otros con mucho amor.

Claro que estoy más pobre, pero el tiempo es sabio y ya volveremos a volar como antes, de forma distinta, con la nostalgia de los días que dejamos de volar.

En Rusia, primavera, en abril 2020 seguía nevando y hacía frío. Contrastando especialmente con el calor de Chile, de donde regresé antes de la pandemia, el viento cálido y el sol radiante permanecían en mi cruzando el océano.

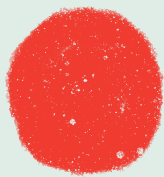
Rusia anunció bloqueo total de fronteras, se cancelaron vuelos internacionales y comenzó una larga pausa para la reflexión y replantearse.

Solo abiertas las tiendas de comestibles y farmacias, y el centro de la ciudad solo para los tramites. El metro vacío. La ciudad parecía una escena de películas de *zombie*. Por primera vez sentí miedo, y luego me di cuenta de que me convertiría en una heroína de mi propia película.

Mi vida empezó a cambiar, y las medidas tuvieron un impacto directo en mis asuntos personales y mi entorno, nadie estaba preparado. La pandemia y sus consecuencias fueron un torbellino de dudas y suposiciones. Estuve un mes sin trabajo y sin salario. Se pagó más tarde, pero incompleto.

Un mes bajo un mismo techo, sin posibilidad de salir, se convirtió en una verdadera prueba. Los mayores de 65 años se les prohibía ir incluso a comprar. Si una persona mayor se encontraba sola, tenía ayuda de una trabajadora social. Había patrullas en las calles y tenía que mostrar autorización para trabajar o ir a la tienda de abarrotes.

Había muchos *memes* en Internet, sobre viajes emocionantes, de la cocina a la habitación y living, etc. Tratando de dar un poco de



humor, al difícil momento, especialmente para los que teníamos personas que dependían de nosotros.

La pandemia comenzó a encadenarnos y poner a prueba nuestras habilidades psicológicas, mientras otros vieron el negocio ideal por nuestras necesidades. Los servicios de entretenimiento, ayudaron, películas, juegos, libros, etc. En principio gratis, para luego cobrar.

Las deudas postergadas, y con subsidio estatal, aunque desafortunadamente, estos fondos no eran suficientes, por lo que definitivamente tuve que tomar mis propias medidas para hacer frente a la pandemia.

El comercio en línea fue fundamental. Los servicios y tiendas lo implementaron y la gente empezó a hacer compras desde casa. Los estudiantes comenzaron la educación a distancia, para lo cual las instituciones educativas no estaban preparadas en absoluto. Y el trabajo a distancia fue cotidiano.

El tiempo que estuve en casa hice algunos cambios de hábitos. En primer lugar, por falta de actividad física tome clases en línea, con entrenadores desde sus propias casas. Por las tardes, caminaba a lo largo del parque, necesitaba al menos algún tipo de recreación. Fue entonces cuando apareció la expresión — *Si antes pensabas que no tenías tiempo para algo, ahora entiendes que no era cuestión de tiempo* —.



AÚN VIVO EL DÍA A
DÍA ADAPTÁNDOME
Y ESPERANDO CON
NOSTALGIA QUE LAS
FRONTERAS SE ABRAN, Y
PODER VER NUEVAMENTE
LOS ANDES Y SENTIR LA
BRISA CHILENA.

Más buena que el pan

Jacinta Fernández

Fue difícil controlar a los niños en pandemia, y los hombres tuvieron que involucrarse en actividades con ellos y las tareas del hogar. Dadas las peculiaridades de nuestra sociedad, les resultó especialmente difícil sentirse implicados en esta actividad.

María Lucinda — Lucita o la Lucy —, llegó a la casa de mis abuelos para cuidar a Pedro en los '90 y se fue quedando, para cuidar a la abuela y hacer aseo, aunque no tenía mucho talento para eso. Alberto decía que planchaba con una hoja de repollo; también jardineaba y nos hacía plantitas, sus dedos eran lo más verdes que haya conocido, todo lo que plantaba brotaba. Era más buena que el pan y con una voluntad de oro, pero las idas se fueron reduciendo con el tiempo, no así su cantidad de trabajo para sostener a su familia, y aumentar el presupuesto familiar, ya que el sueldo del marido, se le iba en él mismo.

La Lucy siempre fue el sostén de su familia, desde que salió del sur y su vida se fue llenando de hijas, hijos y nietos. Mientras cruzaba Santiago para trabajar y sus hijos e hijas vivían la vida del barrio, en esas aventuras, una de ellas se hizo adicta a la pasta base y se emparejó con un *“malas juntas”*, ella con su infinita paciencia la atendió, socorrió y se embeleso con su primer nieto. Redobló el cuidado para que hija y yerno no se robaran las cosas de la casa, paciencia y esfuerzo que a los 10 años rindió frutos y ella pudo recuperarse.

Trabajó sin descanso y sin dejar de sonreír, a pesar de la diabetes y falta de cuidado. Si no había dinero, hacía empanadas fritas para vender y los días de feria se iba a la cola para vender lo que conseguía. Hasta en la cuarentena, si podía iba a la feria para

tener un poco de dinero o comida, pero las últimas semanas, la olla común de la iglesia la socorría.

En abril y mayo, había atendido a la familia de su hermana, pero nunca pudo despedirse de ella, o dejarle una flor en el cementerio. Luego supo que la familia del sur había enfermado, y de la muerte de su padre. Nuevamente no pudo ir a un funeral, nuevamente tuvo que guardar su pena, había que atender ahora al marido enfermo y al resto de la familia contagiada, hasta que no dio más y se fue al consultorio, iba apenas, pero ahí la mandaron de vuelta a su casa. Murió ahí, en su casa, por un infarto a causa del Covid-19, para ella no hubo ambulancia, residencia sanitaria, ni atención de primera línea, tampoco habrá en su funeral, músicos o fotógrafos.

A la Lucita, no la mató la pandemia, la mató la pobreza, la mató la falta de dinero y no poder pagar por una atención en una clínica privada, la falta de descanso para poder cuidar de su salud, la mató la desidia de los administradores de las políticas públicas, que no saben cómo contar tanta muerte, mientras acompañan sus video-conferencia con paté de jabalí, caviar y mousse de negligencia.

Hasta siempre Lucy, Lucita.



Una mujer en silencio

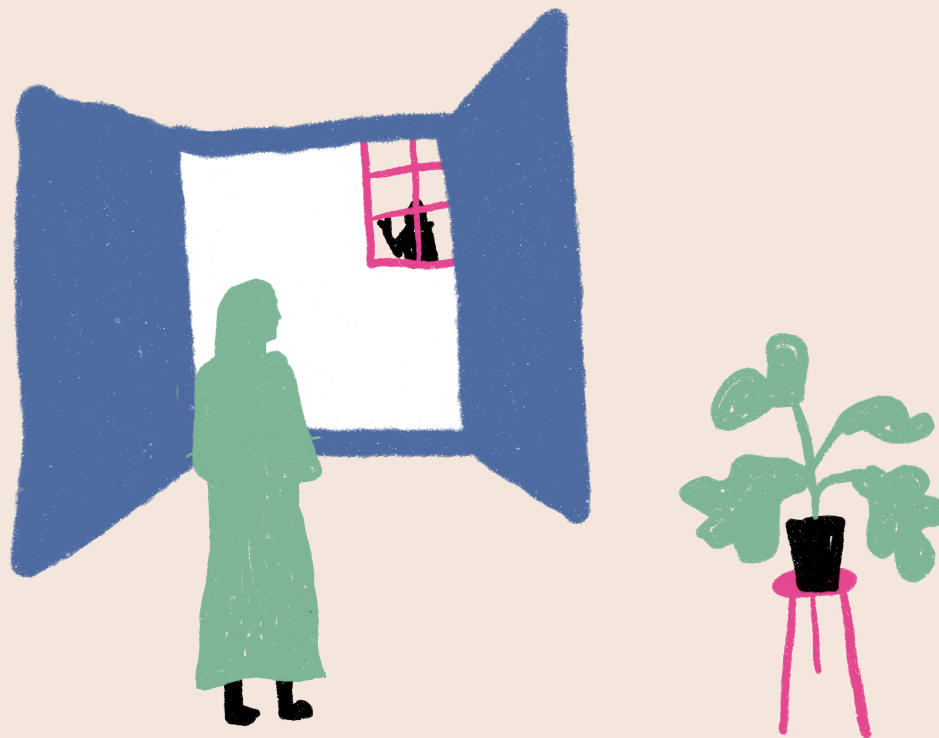
Jasmine Ramírez Araya

Al final del pasillo se vislumbra una luz. Son las 11:00 de la noche, se escucha el sonido de una llave con el agua andando, las ollas se mueven, el olor del cloro inunda la cocina, el paño se humedece y se vuelve a secar — de tanto usarlo ha perdido su forma —, su entramado es cada vez más fino, dejando al descubierto los hilos delgados que lo sostienen.

El frío de la noche traspasa y recorre las manos reseca por el cloro, la casa está en silencio, su hija está en la pieza y su marido se encuentra en el dormitorio, cada uno está en su rincón, dispuestos al ocio dado por el devenir de una noche de otoño en cuarentena. Alicia respira por un segundo y se detiene a observar el paisaje que la conecta con el mundo exterior a través de una ventana pequeña, cubierta por los barrotes que la protegen del miedo a lo desconocido.

Conoce cada rincón de su casa, como si fuera una extensión más de su cuerpo. La oscuridad no es un impedimento para desplazarse, sus manos distinguen las fisuras de las paredes que se formaron con el paso de los años. El blanco impoluto que la recibió cuando abrió la puerta de su casa, estaba cubierto por diversos colores que acompañaron el nacimiento de su hija, la muerte de su madre y los 15 años de un matrimonio que no pasaba por su mejor momento. De vez en cuando rascaba la cáscara de las paredes -le molestaba el espesor de la pintura- al rasarla buscaba encontrar el color original. Durante años trato de recordar cómo era, pero con el tiempo se volvió cada vez más confuso.

Al verse en la oscuridad y en silencio se sintió libre, por un instante sintió que volvía a ser la mujer de antes, abrió la puerta y prendió un cigarro, el humo la envolvió y le dio un respiro.



El barrio estaba en silencio, pero en la casa de enfrente se distinguía una sombra — era su vecina —. En ese momento las dos mujeres se miraron con complicidad, como si guardaran un gran secreto.

Alicia cerró la puerta y las ventanas, miró a su alrededor inspeccionando el living, — ordeno los sillones —, fue a la cocina para revisar por última vez y constatar que todo estuviera en su lugar. Prendió la luz del baño se miró en el espejo, lavo su cara, toco su piel, cubriéndola con crema, se miró detenidamente pensando — no puede creer que ya pasaron 50 años —.

Ya recostada en su cama recordó a su madre. Que antes de morir les pidió a sus dos hijas que la ayudaran a vestirse. Su madre era una mujer vanidosa, su último deseo fue usar un vestido rojo de terciopelo, quería recibir a la muerte con dignidad.

En su agonía abrió los ojos por última vez, miro a sus hijas, sonrió con orgullo y les susurro — *la muerte me llama, pero mi alma nunca será suya* —.

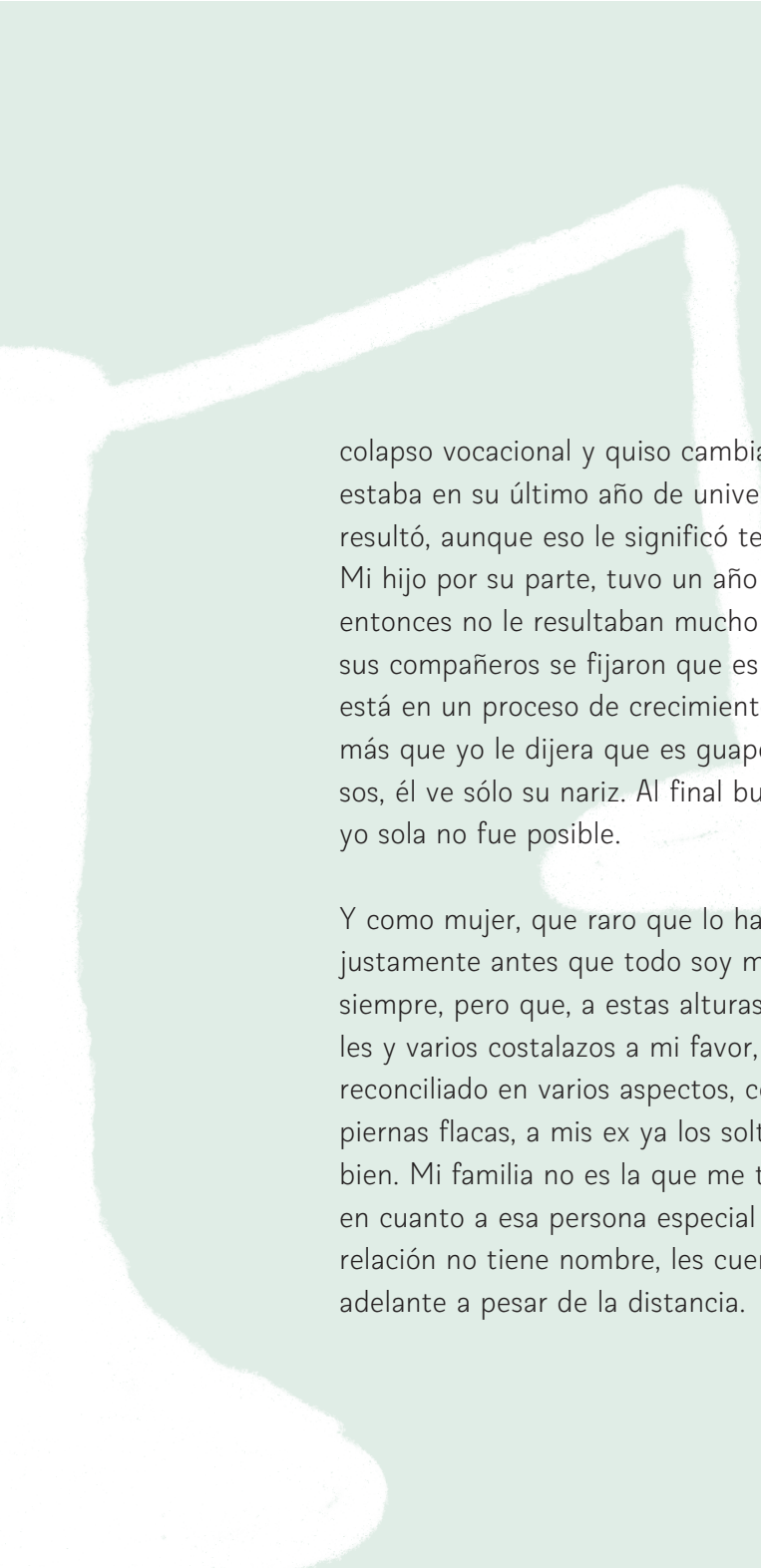
Compartir en igualdad: corresponsabilidad en los cuidados del hogar

Jimena

La verdad es que no encontraba como iniciar mi relato, le daba vueltas y vueltas, y me acabo de dar cuenta que lo me hace ruido, es justamente el título “Compartir en igualdad”, no quiero sonar resentida, pero encuentro tan lejana la palabra “igualdad”, en mi caso al menos, como mujer, madre y trabajadora.

Para comenzar quisiera compartir mi rol de trabajadora, es una institución pública donde soy funcionaria, así no más es mi categoría “funcionaria”, en la cual las altas autoridades han hecho varios comunicados informando la modalidad a que nos acogemos, específicamente a teletrabajo, por nuestra seguridad, por nuestras familias, etc. Pero lamentablemente hay funciones que se deben hacer presencial, y es ahí donde me saque el premio, ya que me ha tocado ir una o dos veces por semana. Sé que el sistema laboral no puede parar, sé que las personas esperan sus *lucas* a fin de mes, pero cada vez que salgo y me expongo me quedo con la sensación de que ahora sí que sí me contagié, he soñado que tengo coronavirus y cuando estornudo o tengo mocos, chuta digo ahora sí, una especie de psicosis, que horror.

En mi rol de madre, les cuento que tengo dos hijos, una de 25 y otro de 16, soy separada hace muchos años, el papá se separó de mí y de ellos en un principio, ahora último se dio cuenta que cometió un error y ha tratado de acercarse, pero parece que pasó mucho tiempo, porque ahora son ellos los que no lo quieren en sus vidas, que pena igual. Entonces comprenderán que soy mamá 24/7, los 365 días del año, no tengo relevo, por más que hice el intento de convencerlos me fue mal; y en este periodo pasamos altos y bajos, nos coordinamos para pelear, ellos contra mí, nosotras contra él, nosotros contra ella y así. Mi hija tuvo un



colapso vocacional y quiso cambiarse de carrera, a pesar de que estaba en su último año de universidad, menos mal que no le resultó, aunque eso le significó tener que estudiar un año más. Mi hijo por su parte, tuvo un año complicado, él es bien disperso, entonces no le resultaban mucho las clases por zoom, además sus compañeros se fijaron que es medio narigón, obviamente que está en un proceso de crecimiento, pero fue un tema, porque por más que yo le dijera que es guapo y que tiene unos ojos preciosos, él ve sólo su nariz. Al final busqué ayuda profesional porque yo sola no fue posible.

Y como mujer, que raro que lo haya dejado para el final, porque justamente antes que todo soy mujer que ha lidiado con todo siempre, pero que, a estas alturas de la vida, con batallas miles y varios costalazos a mi favor, debo confidenciar que me he reconciliado en varios aspectos, con mi físico, ya que amo mis piernas flacas, a mis ex ya los solté y hasta deseo que les vaya bien. Mi familia no es la que me tocó, sino mis amigas del alma y en cuanto a esa persona especial que me hace sentir bien, cuya relación no tiene nombre, les cuento que hemos podido seguir adelante a pesar de la distancia.

Lo que perdimos



Karin

Hay encierro y existe miedo. No se puede salir, pero se debe trabajar, hay familias que mantener, hay cuentas que pagar, todo caro sigue igual.

Estamos sin salir de casa, no podemos ver a nuestros seres queridos, debemos respetar, nos distanciamos de nuestros adultos mayores, quienes son los más vulnerables a este virus. Solo hay comunicación por redes sociales, no hay tacto, no podemos sentirnos.

Llega la soledad y esta mata. Días normales de pandemia, donde mayoritariamente las familias hacen pan, día a día es la rutina, para el ahorro y el no salir a la calle. Llegaron las cajas familiares, todos salen a recibirlas, toda ayuda sirve, pero en la casa 10652 el vecino con problemas auditivos no salió, los vecinos recibieron su caja e informaron a sus familiares, a ellos tampoco les respondió.

Era la hora de hacer pan, pero sus nietas fueron a verlo y no respondió. Sus manos estaban frías, sus labios morados, sentado, como era de costumbre, en su silla de playa frente al televisor, pero esta vez, una botella de licor a su lado junto a un cenicero que ya ni espacio tenía. La estufa seguía encendida, quizás cuantas horas estuvo vacía esa casa. Solo había polvo, la casa emanaba olor a cigarrillo y humedad, tenía aspecto de abandono, la suciedad era notoria.





Desde esa tarde no hemos vuelto a preparar pan. Me inunde de rabia, odio, me cuestioné, y aun pasando estos 8 meses me pregunto el por qué le falle, dejándolo solo, como familia lo dejamos caer en la soledad, en su vacío propio que lo acompañaba desde los 8 años, cuando fue abandonado por su propia madre, ¿le hicimos lo mismo de manera indirecta?, me pregunto yo.

Se que jamás podre eliminar esa escena, pero desde ese día, algo en mí se fue y quiero recuperarlo, será difícil, pero no imposible. Siempre vemos lo que no tenemos, pero nunca agradecemos lo que, si tenemos, optamos por perder el tiempo, en vez de disfrutarlo, nos cegamos.

Llevo meses sin sentirlo, más que en mis sueños que me hacen despertar con ataques de llanto. Escribir este texto se me hizo fácil, es lo que tengo atrapado aquí, dentro de mí lo que no. Hice pausas, para guardar mi llanto, no siempre es el momento para desahogarse delante de los demás.

Y así como yo, hay muchos más que perdieron un ser querido en esta pandemia, los que no han pasado por esto deben ser empáticos y disfruten a sus amados por los que no pudimos más.



Monumento a la maternidad

María Ignacia Lillo R.

Lunes. Preparar el desayuno, hacer la leche a la Rafa, prender el computador, ¿haber? Tengo reunión a las 10:00 am, tengo que pasarle el auto a mi papá para que lo lleve a reparar el parachoques, tengo que mandar el correo al seguro para que me indemnice, tengo que ver el correo de mi jefa con la pega pendiente, mi hija me llama para que le cambie los monos, respondo correos de la pega, ¿Qué hago de almuerzo? ¡Ya sé!, pollo arvejado con arroz. Les escribo por WhatsApp a mis amigas, porque estamos coordinando la videollamada del viernes, ¡tengo que lavar los dientes de la Rafa y los míos!, tengo que pagar el arriendo, parece que se acabó el aceite, hacer la lista del supermercado, llevar a mi gata al veterinario para que la esterilicen. Es hora de la colación de la Rafa, preparé yogurt con avena, tengo que sacar los ventiladores y traer las estufas de la bodega, tengo hambre también.

Estaba rico el almuerzo. Hora de tareas y actividades escolares. Tengo que enseñarle más cosas a mi hija, me siento culpable de no poder y no querer jugar tanto con ella. Me angustia. Voy a escribirle al presidente por el permiso para salir con niños en cuarentena, que esto del encierro no da para más para las mamás sobre todo con hijos pequeños. Tengo que terminar el informe de mi pega, mi jefa que *hincha* por teléfono. Tengo que hacer un poco de estiramiento, me duelen los brazos y manos, el martes tengo hora al doctor, debo ver con quien dejo a mi hija, ver lo del permiso para salir. Sueño con irme de la capital para estar a un ritmo más pausado, pero necesito ganar plata y el gil no paga pensión más encima.

¿Qué onda el internet, se cayó?

Voy a salir así no más a comprar pan, hacer las camas, lavar los platos y guardarlos, darle comida a mi gata, regar las plantas, llamar a mi mamá. Voy a mirar un rato Instagram. Entregué el informe en mi pega. Tengo que sacar la basura, jugar con mi hija a la doctora, ver las malditas noticias, mejor apago la TV. Buscar los sctickers de mi hija, intentar ordenar los juguetes, revisar mi cuenta del banco, ¿a cuánto estamos?, mirar la hora, ¿Qué era lo que te iba a decir? Se me olvido.

Hora de mi autocuidado, bañarme, cremita al cuerpo, bañar a mi hija también, cortar uñas, cepillar pelo, darle besitos y soñar acostadita que todo esto terminará luego, y que cuando podamos salir, vamos a viajar por Chile y el mundo, iremos a la playa, comeremos papitas fritas mirando el mar, subiremos cerros. Le cuento a mi hija que irá al colegio y tendrá muchos amiguitos con quien jugar y que iremos todos los días a la plaza, ¡aunque haya nieve!

Estaba pensando mandarle otro correo al presidente, para decirle que mejor ponga en la plaza Italia un monumento que diga:

¡MAMÁS SOBREVIVIENTES A LA PANDEMIA!



La cuarta integrante

María Jesús Gutiérrez de Val.

Sexto día de cuarentena voluntaria, 2020: Después de desayunar me puse a hacer aseo profundo del departamento. La monotonía del encierro recién comenzaba y yo estaba recurriendo a la aspiradora para mantener la cordura.

Fue así como, entre mover muebles y todo, terminé aspirando a la mismísima, la famosa enemiga número uno de Chile, la Araña de Rincón, o por lo menos así lo han declarado desde que tengo memoria, todos los matinales de los canales de televisión abierta de Chile, los cuales se han encargado de sacar cada año una nueva nota alusiva a la venenosa picadura de dicho arácnido, mancillando su reputación.

Luego de ese acto reflejo, mezcla de ansiedad y miedo — entendible después de tantas noticias difamatorias —, caí en la cuenta que había succionado, por ese metálico tubo, a la cuarta integrante de mi hogar. No pagaba renta, tampoco consumía mucho, jamás había molestado y había compartido con nosotras, desde un ermitaño anonimato, quizás por cuanto tiempo. El entramado del cuadro había sido su habitación, una habitación agregada que no salía ni en el contrato de arriendo, pero existía. Y hoy ante la obligatoriedad de quedarme en mi casa, coincidimos por primera y última vez.



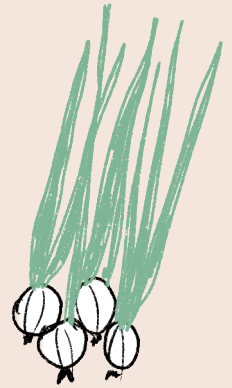
¡Ramen o Cazuela?

María Jesús Gutiérrez de Val.

Mamá, ¿Qué quieres almorzar?

- No sé, lo que tú quieras.
- Bueno entonces hare *ramen*, el otro día compré *pasta miso* por internet y tengo ganas de usarla.
- ¿Revisaste las recetas de internet?
- Sí, sí, vi varias. Mentira, solo vi una.
- Ya, entonces hazla.

Pico el cebollín que compré en el negocio de afuera, sale más caro, pero las ferias libres están cerradas, las opciones son limitadas y por suerte cerca de mi casa hay negocios decentes. Reviso el refri, creo que hay unas zanahorias en el cajón de las verduras. Sí, quedan tres, que suerte. También agregaré unos champiñones y voy a usar el tofu que me trajeron en el pedido que hice a la tienda china, que era mejor que el que venden cerca de mi casa.



Ramen, que rico, nunca he ido a Japón, pero la versión chilenezada que venden en algunos restaurantes de Santiago saben bastante bien. Que viva la globalización, espera ¿Qué viva la globalización?, estamos en una pandemia por culpa de ella, ¿será para decir ¡viva!, por comer ramen en vez de cazuela?



Saco los fideos de trigo que compré en el mismo pedido, esos fideos con pequeñas ondulaciones, fideos para ramen le pedí a la chica que tomó mi pedido. Era de nacionalidad China y con precario español, logró entender a la perfección mi pedido. China, allá partió todo, en un mercado de la ciudad de Wuhan, se supone. Ya no sé en qué creer. Hiervo la pasta miso, incorporo los ingredientes, trato de hacerlo lo mejor posible, es mi primera vez



haciendo ramen, no espero perfección, pero me gusta intentarlo.

- Ya está listo.
- Voy a poner la mesa.
- Voy a servir los platos ... *mmm* huele muy rico. Te llevo tu plato.

Comenzamos a comer nuestras sopas, yo la estoy disfrutando, sé que debo mejorar cosas de la receta, pero para ser la primera vez, me siento bastante conforme.

- Que rico poder comer ramen en medio de la cuarentena.
- No me gustó, hubiese preferido una cazuela.



LA ESCUELA DE ATENAS, una mirada desde el 2020

María José Pantoja

Rafael Sanzio: ¿Qué ha pasado?, ¿dónde estoy?, ¿no eran máximo 10 personas en un mismo lugar en fase de transición? Parece que luego de pasar tanto tiempo encerrado tengo delirios ¿o realmente se viene la hecatombe? No sé porque nadie usa mascarilla en este lugar.

Veo que, a partir del confinamiento, donde nuestra única tenida era la deportiva y un par de pantuflas, la nueva moda es *oversize*. Francamente no entiendo nada.

Suspira y luego mira a Hipatía de Alejandría.

¡Hey, tú! Sí, tú, la que observa hacia la pantalla. La de la túnica blanca y mirada inocente.

Hipatía de Alejandría: ¿Yo?

Rafael: Sí tú, la que mira al frente, ¿o me miras a mí?

Hipatía: Estaba mirando lejanía.

Rafael: Ah, ok. *Mmm*. Quizás tú me puedas ayudar a descubrir qué pasa. Estoy impactado, no puedo creer lo que veo — tanta gente reunida en un mismo lugar y sociabilizando tranquilamente —. ¿Acaso no deberían ser más cuidadosos?, ¿acaso no piensan en la muerte y en el significado de la vida? Se nota que no saben cuestionar ni reflexionar en torno a la realidad.

Hipatía: ¿Por qué dices eso? Esta es una escuela, un lugar del aprendizaje y de todo descubrimiento.

Rafael: Yo de escuelas solo conozco la pedagogía online, esto de mirarse y discutir temas a menos de un metro de distancia me parece inconcebible.

Hipatía: A mi interesa ver las cosas desde nuevos puntos de vista,

por algo me dedico a la astronomía, las matemáticas y la filosofía, pero las cosas que expresas me parecen incomprensibles.

Rafael: ¿Sabes qué? Este paisaje me parece conocido. De hecho, tu cara me suena muy familiar, ¿Eres influencer?, ¿te habré agregado a LinkedIn? Quizás te confundo con una chica que conocí por Tinder.

Hipatía lo mira sin comprender lo que habla.

Rafael: Creo que ya sé porque conozco este paisaje, estas personas y a ti. ¡No lo puedo creer! ¡Estoy en el fresco del Palacio Apostólico! Estoy en mi pintura, ¡Wow! Y yo que pensaba que en estos tiempos no se podía viajar. No perderé más tiempo, y allá voy por una buena conversación con Platón y Aristóteles.

Por María José Pantoja M. Diálogo elaborado en el taller de Teatro online de “Clase Simple” a partir de la pintura “La escuela de Atenas” de Rafael Sanzio.

Santiago de Chile. Año 2020



Reflexión pandémica

Marta Vergara Medina

Soy una mujer de 42 años en situación de discapacidad, hace tres años que mi vida dio un giro y viví recluida en casa por más de seis meses debido a una neumonía que casi me quita la vida. Di la lucha y me recuperé, pero quedé dependiente de oxígeno y de una máquina de ventilación externa por las noches.

Mi vida se vino abajo, me vi en casa sin hacer nada, sin poder salir, sin poder trabajar, entré en pánico y depresión. Fue muy difícil volver a creer en mí, volver a quererme y aceptarme, pero de a poco fui retomando mi normalidad, mis actividades. Logré levantarme y salir de casa a trabajar, hacer la vida lo más parecida a lo que antes tenía. Nuevamente era libre, cargando una mochila extra. Pero estaba viva, podía seguir disfrutando como antes, con las mismas personas, rodeada del amor de tantos, que estuvieron y están siempre a mi lado.

Hoy, después de todo eso me encuentro recluida en casa nuevamente, pero a causa de una pandemia que afecta al mundo entero. Me doy cuenta que perdí tantos meses llorando y quejándome por cómo sería mi vida desde mi dependencia de oxígeno para adelante, sin darme cuenta que aún tenía la libertad de ser yo y sobre todo la libertad de vivir y de ir donde quisiera a pesar de todo.

Veo todo lo que está pasando y me aterra la idea de contagiarme este virus maldito, sé muy bien que mi condición de salud es de riesgo mortal si me contagio. No, no exagero, soy paciente de alto riesgo. Por mi condición no podrían entubarme, por lo mismo no soy un paciente de primera prioridad. Todo esto me hace pensar, ¿qué me espera si llego a contagiarme, *La Muerte*? Y me

digo, no, no quiero morir aún, di una batalla grande para seguir aquí y no quiero que un virus infeliz me quite la libertad de vivir.

Pero miro a mi alrededor, veo a tantas personas inconscientes de todo esto, que no creen, que no se preocupan por su vida y menos por la de los demás, ni siquiera por la vida de los que aman. Hay tantos que han partido sin poder despedirse de sus seres amados, otros que, se han contagiado y que no quedaron cien por ciento bien, hay secuelas que no sabemos cuánto demoraran en desaparecer. El encierro es solo pasajero, volveremos a obtener la libertad de hacer lo que queramos, esto es solo momentáneo, solo se nos pide un esfuerzo más.

Si todos supieran lo que es vivir conectada día a día a un aparato que te ayuda a seguir respirando, entendieran lo que significa llevar una mochila con oxígeno extra. No se lo doy a nadie.

Veo día a día que no hemos entendido nada, se perdió la empatía, el amor propio, el amor y respeto por el resto. Esta pandemia llegó para unirnos, pero se ha hecho lo contrario, más divisiones, más peleas y más diferencias entre ricos y pobres.

Hoy importan las vidas de todos, independiente de quien es, independiente de su situación social, su género o su condición de salud. Todos importamos, cada uno de nosotros cumplimos un rol en esta sociedad, debemos cuidarnos y cuidar al resto. Abramos el pensamiento, el corazón y dejemos de mirarnos solo el ombligo.



**NO ESTAMOS SOLOS
EN EL MUNDO, SOMOS
MUCHOS Y TODOS
QUEREMOS SEGUIR
VIVIENDO. CUÍDATE Y ASÍ
CUIDAS A LOS DEMÁS.**

Soledades Pandémicas

Militza Meneses

Cuando comenzó la cuarentena, me sentí agobiada porque estaba sola junto a mi hija, sentía que todo sería más fácil si estuviese acompañada por mi expareja. Esta sensación no tenía que ver con un cuestionamiento a los motivos que fundamentaron la separación. Sino que, por un momento, pensé que su apoyo podía hacer más llevadero lo que venía. Con el pasar de los días, el teletrabajo transformó radicalmente mi cotidianeidad, jornadas extensas de trabajo, a las que se sumaron las tareas cotidianas.

Uno de esos días imaginé cómo hubiese sido mi cuarentena con mi ex en casa. Inmediatamente mi cabeza elaboró un vídeo en blanco y negro, donde todo transcurría muy rápido, yo corría de un lado a otro, con una mano preparaba comida, con otra pasaba la aspiradora, con otra preparaba clases, entre tantas otras tareas que hubiese asumido igualmente sola a pesar de su presencia. Porque claro, él también habría estado trabajando de forma remota, pero se hubiese dedicado únicamente a eso. Afortunadamente, la cuarentena que viví junto a mi hija fue muy distinta, desde el comienzo se fundó en el trabajo colaborativo entre personas que se quieren.

Al poco tiempo pude constatar, que mi reflexión no se alejaba de la realidad que muchas mujeres profesionales vivieron durante esos días. Pude observar el agotamiento de mis amigas que, aun teniendo pareja, terminaban el día extenuadas. Comenzaban a las 7:00 am de la mañana preparando el desayuno a los hijos, luego corrían de un lado a otro buscando los dispositivos para que los niños se conectarán a clases online, mientras los ayudaban a vestirse y lavarse. A eso de las 9:00 am se sentaban a trabajar. A las 12:00 pm comenzaban a preparar el almuerzo, a

las 2 retomaban su trabajo — luego de lavar los platos y ollas —. A las 17:00 pm daban la merienda a los pequeños, luego retomaban el trabajo hasta las 20:00 pm, hora en que comenzaban a preparar la cena. Posteriormente lavar los platos, hacer dormir a las crías, poner ropa a lavar, colgar, planchar, limpiar el baño. Entre tantos otros menesteres que sólo les permitían poder ir a dormir a las 2:00 de la mañana, con la certeza de que en 5 horas más, todo comenzaba nuevamente. A todo el trabajo no remunerado antes descrito se suma el rol central que cumplían conteniendo a sus familiares y cercanos.

En medio de esta vorágine, la mayoría de ellas vivió crisis en su relación de pareja, porque al meterse a la cama él reclamaba tener sexo. Al escuchar la respuesta *“no, estoy cansada”* o *“no doy más”*, reaccionaban ofendidos por tamaño rechazo. Así comenzaba el bolero del *“no me quieres”*, *“no soy importante para ti”*, entre otras recriminaciones que solo mostraban indolencia e indiferencia ante lo que vivía su compañera.

Sin duda, para muchas mujeres la pandemia significó incertidumbre, empobrecimiento, precariedad, violencia y soledad. No pudieron parar, aun estando infectadas, porque tenían trabajos precarios que cuidar, o porque simplemente, estaban solas aun estando en pareja.



Relatos en Pandemia

Rosa Luna

El tiempo comenzó a pasar más lento, la casa de pronto se transformó en una suerte de encierro forzado y los zapatos nuevos que había comprado para usar en el invierno. Finalmente, nunca los usé y tampoco la ropa que había encontrado en las ofertas de liquidación. Miraba con nostalgia las fotos de la última marcha a la que había asistido con mis amigas, el domingo 8 de marzo del 2020.

Todo el panorama del extraño virus que veíamos en los noticieros y que afectaba a Europa finalmente llegó a Chile, en fin, todo pasaría pronto, suponíamos que sólo duraría unos meses y todo volvería a la normalidad. Pensé que muchas de las personas que comencé a ver en las calles con mascarilla eran absurdas, estaba segura que aquello no servía de nada. Recuerdo que una vecina me dijo que yo era una irresponsable por no usarla — poco tiempo después supe que se había contagiado, su marido se había ido a una residencia sanitaria porque también estaba enfermo. Una y otra vez aparecían señales que me negaba a aceptar, no era posible que la vida se transformara progresivamente en una seguidilla de normas restrictivas de la libertad por un antojadizo y letal virus.

Como estudiantes volvimos a clases en una obligada conexión en línea, la universidad ya no fue más el punto de encuentro para asistir a clases, sentarnos en los jardines, almorzar en el casino o esperar en la fila para subir en ascensor cuando las salas de algún curso quedaban en los pisos superiores. También escuchamos que sería cosa, a lo sumo, de un mes. Pero llegó el otoño y luego el invierno, el encierro comenzó a repercutir en la psiquis de muchos y comenzaron las discusiones y las desavenencias, nadie estaba preparado para convivir por largas jornadas en casas pequeñas.

The page is decorated with several stylized virus icons. Some are solid blue, while others are white with blue outlines. They are scattered across the page, with a higher concentration around the text blocks. The icons have a circular body with small protrusions around the perimeter, resembling a coronavirus.

Un profesor dejó de darnos clases porque se contagió, la mamá de mi compañera Paula también estaba hospitalizada, la Marce que trabajaba haciendo *delivery* para un restaurant de comida rápida fue la primera del curso que se contagió. Sus padres se trasladaron al sur y todo estaba bien, recibieron el nuevo año 2021 en medio del paisaje sureño, en medio de la tranquilidad de la naturaleza y lejos de la ciudad gris y contaminada de Santiago. Sin embargo, un día la Marce publicó en Facebook que su mamá estaba en el hospital y que todos la esperaban pronto en casa para seguir disfrutando en el hogar de la convivencia familiar, pero nunca volvió.

El tiempo comenzó a sumar días y muertes, también me enteré que dos hermanos del padre de una amiga también habían fallecido. Una sensación de incredulidad y cuestionamiento, empezaron a rondarme todas las mañanas cuando despertaba y pensé en aquellas historias que se llevan al cine, aunque, la consabida frase de que *la realidad siempre supera a la ficción* era cada vez más real y dramática. La sorpresa de estos acontecimientos estaba siendo cada vez más macabra que cualquier historia de ficción.

Un día

Valeria Espejo

Desde que era una niña de 12 años, mi madre trabajó fuera de la casa y yo estaba encargada de todo lo que ella no podía hacer mientras estaba fuera: cocinar, lavar, atender a mi padre, limpiar la casa, cuidar a mis hermanos y, además, me tenía que ir bien en la escuela.

Eso duró hasta que terminé el colegio, cuando me fui a estudiar a la universidad. Han pasado varios años desde esos días, mi madre murió hace un tiempo, y ahora afortunadamente tengo mi propia vida, mi propia familia. Ahora es diferente.

Cuando partió la pandemia y la cuarentena, empecé el teletrabajo desde mi casa. Mi horario comienza a las 8:30 am y termina a las 18:00 de la tarde. Supe que es bueno hacer pausas en la jornada laboral, así que a media mañana paro unos minutos para lavar o adelantar algo el almuerzo. Que suerte que el horario de colación me alcanza justo para hacer trámites cerca, ir a la farmacia o al supermercado. Al volver sirvo rápido el almuerzo y aunque no siempre como, no me importa, así tengo menos sueño en la tarde.

Al terminar la jornada me tomo un café con lo que sea y ordeno la casa, barro, boto la basura. Después preparo la comida para cuando llegue mi marido y mis hijos. Luego de comer, lavo rápidamente la loza y me siento frente al computador a pagar cuentas.

No sé por qué estoy tan cansada, menos mal que ya llegó la hora de dormir. Mañana tengo que levantarme temprano.

Escribo por mi mamá

Valeria Jopía

Escribo por mi mamá, porque ella no tiene tiempo para contar su historia. ¿Cómo podría tenerlo si desde que se levanta vive para su familia? Lo sé porque soy su hija mayor, y aunque ya no viva con ella, conozco la razón de su constante dolor de espalda y sus innumerables dolencias que jamás contará. No esperen que les cuente una historia trágica o fuera de lo común, porque no será así. La vida de ella es como la de tantas mujeres que se dedican al cuidado de sus familias y que permiten silenciosamente que toda la cadena funcione y que personas como yo podamos ser lo que siempre quisimos.

Tengo 31 años, vivo sola en Santiago, soy profesional, tengo un trabajo que me permite vivir bien y ayudar a mi familia. Ellos viven en La Florida, mis dos hermanos menores también son profesionales y mi papá toda la vida trabajó para mantenernos, un hombre excepcional, pero esta vez, la historia no se trata de ellos.

En la otra vereda, se encuentra mi mamá, que desde que nació y hasta mis 16 años se quedó en la casa cuidando de nosotros. Luego partió con trabajos informales e irregulares, luego se compró un taxi ejecutivo con el que trabajó un tiempo y finalmente se endeudó con un furgón escolar, el cual todavía tiene que pagar, pero que le ha permitido tener su independencia. A pesar de que siempre le reclamaba a mi mamá, que casi todo lo que ganaba lo gastaba en la casa, yo sé que su trabajo era más que un sustento económico. La empoderaba, le daba libertad, valor y reconocimiento, porque los niños y niñas la adoraban. Con la pandemia, eso quedó en el olvido. Los colegios cerraron y mi mamá lleva más de un año sin trabajar. Si antes en el poco tiempo que le quedaba se ocupaba igual de las labores del hogar

y de sostenernos también emocionalmente, ahora está dedicada a eso todo el día.

Es ella la que se preocupa de desinfectar la mochila y uniforme de mi hermano cuando llega de trabajar. Ella es quien cocina, lava y le da comida al perro. Es ella la que está preocupada de congelarme comida para que me la venga a dejar mi papá cuando pueda. Cada vez que hablamos, me transmitía su cansancio y agotamiento por la situación vivida. Sé que le dolía el alma haber perdido el poder de decidir sobre qué se compraba en la casa, porque mi hermano tomó su lugar. Es ella quien ahora cuida a mi abuela desde que se operó la cadera.

Podría seguir enumerando muchas situaciones que evidencian los efectos del encierro en mi mamá, pero creo que pude percibir lo más doloroso que le dejó la pandemia: la soledad.



EN LA CASA CON 3
PERSONAS MÁS SE
SINTIÓ MÁS SOLA QUE
NUNCA, Y YO, A UNOS
CUANTOS KILÓMETROS
DE DISTANCIA, SIN QUE
AMBAS LO SUPIÉRAMOS,
COMPARTÍ EL MISMO
DOLOR.

